



Diego de Torres Villarroel. *Teatro breve I (Obra profana)*. Edición de Epicteto Díaz Navarro y Fernando Doménech Rico. Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert, 2012.



Fernando Doménech Rico y Epicteto Díaz Navarro han acercado al publicar estas piezas breves de uno de los autores más emblemáticos del Siglo de las Luces, estudiado en su faceta como narrador, pero olvidado como dramaturgo. La edición crítica permite conocer el teatro dieciochesco no solo en el ámbito comercial de los coliseos, sino en otros espacios escénicos que marcaron la recepción dramática de la época: las representaciones en casas particulares y el teatro que se hacía en palacios para consumo doméstico. Por otra parte, se analizan aspectos esenciales de la literatura dramática y de la puesta en escena posbarroca de esa primera mitad del siglo.

Pero esta no es la única virtud del libro que reseñamos. Además de haber elegido con acierto y oportunidad a este autor, los autores nos obsequian con una edición de factura impecable; aportan notas detalladas al pie de página así como registros de personajes, términos y una amplia bibliografía en las páginas finales, que resultan de suma utilidad para comprender las piezas. Una obra excepcional que lucirá en las estanterías de las bibliotecas académicas y privadas, y será de grata compañía a los amantes de la filología y a los apasionados del teatro.

Los editores introducen las obras elegidas con un estudio prolijo de la vida y obras del escritor nacido en 1694. Perfilan una personalidad vitalista, que comenzó su andadura literaria con poemas satíricos durante su vida de estudiante en la Universidad de Salamanca, y que terminó ordenándose sacerdote en la madurez, tras una existencia vinculada a la docencia universitaria y a la literatura, en la que cultivó varios géneros.

En 1718 comienza a publicar los famosos almanaques, que se han relacionado con la literatura utópica, popular y carnavalesca, según comentan los autores, y que le proporcionaron fama y dinero, además del rechazo de sus colegas y no pocos problemas con la Inquisición. Desde 1720 a 1726 vive en la corte, donde se codea con aristócratas como la condesa de Arcos; de esos años datan algunas de sus obras más conocidas, como el *Viaje fantástico* (1724), ampliado más tarde con el título de *Anatomía de todo lo visible y lo invisible* (1738-57). Alternará su vida de docente en Salamanca con viajes a la corte desde 1727 hasta 1737, interrumpidos tan solo por el destierro a Portugal por un incidente con un clérigo, en 1732. Un año más tarde publica su *Vida*, obra excepcional de nuestra narrativa posbarroca, que tronca con la vena satírica de Quevedo y, en 1744, *Los Juguetes de Talía*, que recogerán su obra dramática. En los años cuarenta vivió enfermedades y episodios dolorosos, como la muerte de un sobrino, la denuncia inquisitorial, los continuos enfrentamientos con sus colegas... Niegan sus editores la fama de hombre extravagante y la vida novelesca propia del personaje que él mismo se reservó para sí en su *Vida*; más bien lo vinculan al grupo de novatores o profesores universitarios que diferían de la escolástica dominante y que, por ello, sufrieron los rigores de la ortodoxia académica.

Tras exponer los datos más importantes de su biografía, Doménech y Díaz Navarro estudian la vinculación de Torres Villarroel con el teatro. Concluyen que en aquellos años en la corte estuvo muy implicado en las andanzas de los cómicos, como muestran los sonetos satíricos que dedica el salmantino a alguna de las más famosas damas del tablado. En «La visión y vista undécima», incluida en sus *Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por la Corte* (1728), defiende a los cómicos contra la opinión que el vulgo tiene de ellos. He aquí un fragmento jugoso elegido por sus editores:

Dígalo por las cómicas, que son tan desgraciadas que después de una larga tarea, mayor que la que puede sostener la delicadeza del seño, no logran buena opinión y viven manchadas de la voz vulgar, sin que este juicio estribe en fundamento alguno [...]. Estas mujeres apenas tienen rato de quietud. A todo su tiempo son acreedores los ejercicios de su estudio: en ensayos prolijos gastan la mañana, en atenta representación la tarde y en pesado estudio la noche, mortificando la cabeza y perdiendo la garganta.

Aunque estrena alguna comedia en los coliseos comerciales (*El hospital en que cura Amor de amor la locura*), el hecho de ganar la cátedra de Matemáticas en Salamanca le alejó de la corte para vincularlo al teatro que se hacía en provincias. Los editores dedican varias páginas al estudio de las representaciones en casas de nobles importantes o amigos del autor, donde «representábanse entre nosotros, los familiares y vecinos, diferentes comedias y piezas cómicas [...] en los días señalados por alguna celebridad eclesiástica, política o de nuestra elección» (cit. «Introducción» p. 33).

En esas fiestas, como las organizadas en casa de don José Ormaza Maldonado, en las Carnestolendas de 1736, cuando estrenaron la zarzuela *La armonía en lo insensible* y *Encas en Italia*, también podían verse introducciones (las antiguas loas áureas, adaptadas al público cortesano), sainetes, algún entremés, y el fin de fiesta que equivalía a las mojigangas del XVII, ya en desuso en el nuevo siglo.

El prólogo a la edición de estas piezas contiene una relación detallada de las investigaciones que se han aproximado a la figura de Torres Villarroel, desde el maestro Cotarelo y Mori, a Hesse o Mercadier, que ha destacado el carácter metateatral de muchas de sus piezas. Se señala el esfuerzo clasificador de unos y otros, y se propone una nueva tabla de tres secciones para el corpus profano de las diecinueve piezas incluidas en el volumen: las introducciones, los intermedios y los fines de fiesta. La polémica sobre los géneros teatrales se plantea como un problema menor. Adoptando un criterio siempre clarificador, se opta por la terminología que el mismo Torres Villarroel utilizó, atribuyendo las vacilaciones a los tanteos propios de una época de transición en la que algunos géneros caían en desuso y otros, como el sainete, con su retrato costumbrista más cercano al realismo, se imponían. En este punto, no falta el análisis de los rasgos propios de estos sainetes, cuya comicidad recoge en algunos casos lo escatológico (*La vieja Celestina*), el humor basado en las discapacidades (*Diálogo entre un sordo médico y un vecino gangoso*), los personajes caricaturizados tan del gusto entremesil como los alcaldes bobos, los palos, las alusiones veladas al erotismo y la comicidad verbal en la que se mezclan registros, se retrata la ignorancia del rústico, las pullas del valentón, el lenguaje de germanía de los jaques... Un aspecto de sumo interés es la información que proporcionan en torno a la puesta en escena, sobre esas representaciones domésticas de provincias. La experiencia en la praxis teatral y la especialización

en materia dramaturgica de los editores permiten abordar este punto de manera exhaustiva y reveladora. Señalan cómo se impone, en aquellos teatros improvisados de casas y palacios, la recepción a la italiana, con su cortina o cortinón y sus bastidores pintados. Doménech y Díaz Navarro aportan curiosos datos al respecto como el de la pieza *Encas en Italia* donde se dibuja un escenario con gran precisión:

Vanse, y sale Lindano, Laureta y los dos rústicos cantando y bailando, y detrás Lavinia, Turno y Latino, y se habrá descubierto el templo de Vesta, en donde se verá una estatua sobre un pedestal y Tersites, sacerdote, a su lado.

El reparto, amplio en ocasiones, se confeccionaba con los propios miembros de la casa, criados y dueños, formados estos últimos en las artes de la música, el canto y la danza, aunque no se descarta la participación de actores profesionales, especializados en los papeles de graciosos, e incluso que el propio Torres Villarroel se reservara los papeles de astrólogo, estudiante o que hiciera de sí mismo. Los editores insisten en que se trata de un

teatro epigonal, pero con momentos de gran brillantez, especialmente en el manejo de los tipos y en la creación de un lenguaje vivo y lleno de colorido [...]. Aunque se mantuvo fiel a la tradición entremesil, avanzó, probablemente sin demasiada conciencia, hacia el costumbrismo y la comicidad decorosa, que se impondría en las décadas siguientes. Todo ello hace de su teatro un documento inigualable de una época de dudas y búsqueda de nuevas formas que tardarían en imponerse en la escena española.

Agradecemos la iniciativa de abordar a un autor poco transitado en la historia de nuestra literatura dramática, con una delicada y rigurosa edición crítica. Si, como dice Torres Villarroel, «la universidad completa del orbe son los teatros» también los libros reveladores y bien editados como este convierten en universitarios a quienes los leen. O, al menos, invitan a leer con agrado el volumen II.

*Yolanda Mancebo Salvador*